

DESARROLLO Y CULTURA: ENFOQUES Y DESENFQUES

Luis A. Camacho

Resumen: *La revista Desarrollo, publicada por el Capítulo Español de la Sociedad Internacional para el Desarrollo, dedica el número 1 del año 1982 al tema "La cultura, dimensión olvidada del desarrollo". Las numerosas colaboraciones se agrupan en cuatro partes: "El problema", "Las víctimas", "El reto a los instrumentos de análisis e intervención", "La búsqueda de nuevas respuestas". Diferentes nociones tanto de cultura como de desarrollo aparecen en los distintos artículos; algo semejante ocurre con la forma como se concibe la relación entre ambos. Intentamos sistematizar estos puntos de vista, y mostrar serias objeciones a la mayoría de ellos. En general creemos que la noción de desarrollo debe ser tomada más en serio y que la relación entre éste y la cultura debe ser analizada con más detalle.*

Del desarrollo y subdesarrollo hablan —entre otros— políticos, banqueros y economistas. Unos y otros a su vez son criticados por filósofos y pseudo-filósofos. Empecemos ahora por criticar a estos últimos, con la esperanza callada de hacer un poco de luz en la maraña de opiniones fundadas e infundadas que sobre este tema se han ido acumulando a lo largo de varias décadas de nuestro siglo.

Ya desde el principio es preciso señalar que muchas personas consideran ocioso hablar de desarrollo sin dedicarse a preparar, ante todo, la revolución. ¿De qué desarrollo se puede hablar en países donde la estructura económica asegura que unos pocos se beneficiarán de cualquier iniciativa económica mientras la gran mayoría permanece en la miseria? En particular, los marxistas consideran que con frecuencia las discusiones sobre el desarrollo responden a actitudes escapistas ante el urgente problema de modificar radicalmente las estructuras

opresivas. Hasta los políticos más conservadores hablan de desarrollo; habría más bien que hablar de lucha de clases, dependencia, neocolonialismo, etc. En las consideraciones que siguen nos guiaremos por dos ideas en lo concerniente a este punto: (a) si se habla de desarrollo en el sentido más complejo posible y como un proyecto integral, evidentemente lo que tengamos que decir se aplicará también a países que han pasado por revoluciones inspiradas en el marxismo. Después de experiencias históricas como el stalinismo, los acontecimientos de Hungría en 1956 y en Checoslovaquia en 1968, después de la brutalidad desplegada por el Khmer Rouge en Camboya y de la represión sistemática en países como Rumanía, no es fácil aceptar la idea de que la condición suficiente para el desarrollo es una revolución que destruya el orden burgués y establezca un régimen de inspiración marxista. Más bien parecería que uno de los pasos que deben darse en el camino del desarrollo es la revisión de la forma como el marxismo ha sido aplicado mediante el expediente del partido único que impide toda discusión de sus postulados, al mismo tiempo que insiste en el carácter científico de su doctrina. Alguien podría preguntarse qué tiene que ver la noción de desarrollo con estos eventos políticos de la historia reciente. En tal pregunta se evidenciaría una concepción puramente economicista, como si el desarrollo fuese únicamente un asunto de aumento en el producto interno bruto. (b) La tarea de analizar enfoques y desenfques sobre el desarrollo nos pondrá también, cara a cara, ante la urgencia de cambios profundos y radicales a diferentes niveles y en numerosas sociedades. Justamente por eso el punto de partida de toda discusión sobre el desarrollo debe ser la situación actual en la inmensa mayoría de los países del mundo. Así

veremos que, aunque las discusiones sobre el desarrollo fácilmente degeneren en lo superficial, los hechos que las motivan en último término no tienen nada de divertido: el hambre, la injusticia, la explotación, la inadecuada distribución de la población, el analfabetismo, la falta de atención médica. La lucha por conquistar la dignidad humana, que ha pasado por varios estadios en diversas épocas —para algunas naciones ha consistido en la superación del colonialismo, para otras en el esfuerzo por destruir violentas dictaduras, etc.— asume ahora en términos muy amplios el carácter de lucha por el desarrollo.

En general, los gobiernos y las agencias internacionales utilizan desde hace varias décadas la idea de desarrollo para representar todo lo que tiene que ver con un mejoramiento en las condiciones de vida. Al igual que el término “progreso” utilizado muy frecuentemente en el siglo XIX, “desarrollo” ha llegado a ser el término genérico para englobar los propósitos de una gran cantidad de proyectos, acciones e instituciones. Al cabo de varias décadas de uso, y quizá abuso, se han ido formando varias maneras claramente diferentes de enfocar el problema y se puede hablar con cierta precisión de enfoques y desenfoques del asunto. Es preciso tener en cuenta esta diversidad, para tratar luego de caracterizarla con exactitud. De modo que, al criticar la idea de desarrollo en las distintas exposiciones que de ella se hacen, debemos tener presente, por un lado, que no hay una única noción y, por otro, que se requiere una labor de clarificación y formalización que permita mantener la utilidad del término sin caer en versiones simplistas. Puede darse, por tanto, un doble desenfoque: tanto al hablar de desarrollo en forma directa, como al analizar las concepciones generales y propuestas concretas desde la perspectiva de un nivel crítico.

A continuación intentamos exponer algunas maneras de desenfocar el tema, con la esperanza de indicar el camino para un enfoque que nos parecería más adecuado (1). La publicación en español de la revista *Desarrollo*, a cuyo número 1 de 1982 nos referiremos, nos brinda una excelente oportunidad para clasificar varias de las visiones que no compartimos (2). No son contradictorias entre sí; en algunos aspectos se apoyan y refuerzan mutuamente.

I. EL DESARROLLO COMO TEMA DE MODA

La primera, y muy frecuente, actitud suele reflejar un cierto deje de fastidio y de auto-suficiencia académica cuando rechaza de golpe todo el discurso sobre el desarrollo como una moda pasajera, como algo de lo que se habla porque parece socialmente aceptable sin que responda a nada profundo. Otra versión de semejante actitud, con una dosis mayor de cinismo o quizá de pesimismo, consiste en decir algo como lo siguiente: con tanta palabrería sobre el desarrollo, con tantas agencias y proyectos, sin embargo todo sigue igual(3). En el artículo “La dimensión cultural del desarrollo”(4), por Juan Carlos Sánchez Arnau, encontramos mucho de lo primero. Caracteriza este autor lo que él llama “ideología del desarrollo” como una “concepción lineal y mecanicista de la historia”, basada en un “enfoque etnocéntrico de imitación de ciertas sociedades” y que peca de ser “esencialmente economicista con olvido de la cultura”. Al referirse en términos tan globales a algo que generaliza como “ideología”, hemos de suponer que siempre que se habla de desarrollo ése es el marco de referencia contra el cual se destaca lo que, en un examen más cuidadoso, resultaría una manera de ver las cosas teñida de intereses inconfesos. Sánchez Arnau presupone que quienes hablan de desarrollo *necesariamente* entienden por ello *únicamente* algo que se define, se expresa y se agota en la construcción de obras públicas, la industrialización y modernización de la sociedad y el incremento en el consumo, y cuyos efectos son la modificación de la estructura de producción y la explotación destructora de recursos naturales con miras a la exportación. A su vez, ve como inevitables las siguientes repercusiones del desarrollo: desaparición de la agricultura de subsistencia, urbanización, monetarización, aparición de nuevas clases urbanas alejadas de la cultura tradicional, centralización administrativa, integración del mercado interno, introducción de nuevos productos, cambios en los patrones de conducta, así como en creencias y valores. Es lógico espantarse ante este espectáculo de cambios violentos aparentemente inexplicados e injustificados y que amenazan con destruir la cultura; es lógico también clamar para que los pueblos no se dejen seducir por este canto de sirena. Pero queda por explicar lo más importante: ¿a qué se debe el afán por el desarrollo?

Ante una visión parcializada del desarrollo, que es o debería ser un fenómeno complejo, la respuesta al problema así planteado resulta parejamente superficial e inefectiva: "hay que tener en cuenta las necesidades y cultura de los beneficiarios, y tal como es sentida por éstos" (5). Ahora bien: ¿cómo traducir esta buena intención a planes concretos de acción? ¿Quién y cómo tomará en cuenta estas necesidades? ¿Es igualmente deseable toda forma de cultura? ¿Qué ocurre si justamente la cultura de un grupo humano incluye usos y costumbres que más bien favorecen la perpetuación de la miseria? En cierto sentido lo que hace Sánchez Arnau y muchos otros es tomar la noción de cultura como criterio para juzgar el desarrollo: éste se vuelve indeseable cuando entra en conflicto con la cultura. Pero, ¿estamos seguros de que hay un antagonismo necesario entre cultura y desarrollo en algunas etapas y de modo que la cultura *siempre* es preferible?

Si la lucha por el desarrollo es el esfuerzo institucional y personal por conseguir mejor alimentación, mejor salud y otras cosas necesarias, ¿tendremos derecho a recomendar que se detenga en nombre de algo tan vagamente definido como es la cultura? Curiosamente, tanto el problema como parte de la solución han sido ya delineados con gran claridad y precisión en una obra que ningún autor en *Desarrollo* cita, el libro *El reto de la racionalidad* escrito por el filósofo belga Jean Ladrière (6). A diferencia de enfoques simplistas, Ladrière hace intervenir en su análisis otros elementos, de los cuales el más notable e importante es la tecnología (7). Ladrière plantea en términos muy iluminadores la tensión entre la homogenización resultante de la tecnología y el arraigo individualizante que proporciona la cultura. No tiene sentido repetir aquí los matices de sus distinciones ni las interesantes sugerencias que propone en sus conclusiones: bástenos con decir que en el trasfondo de la crítica que estamos haciendo a varias concepciones del desarrollo operan muchas ideas tomadas de *El reto de la racionalidad*.

Es fácil ver que Sánchez Arnau ha caracterizado correctamente algunos elementos de *una* forma de concebir el desarrollo, que corresponde por supuesto a versiones concretas del mismo puestas en marcha en algunos países en determinados momentos históricos. Esa secuencia de características, expresiones y consecuencias que él señala se pueden ilustrar con el ejemplo muy gráfico del

camino seguido por algunos países en nuestros días. Se trata, en efecto, de la identificación de desarrollo con incremento en la producción indiscriminada de bienes y servicios, ante todo mediante el proceso de industrialización forzada y en dependencia respecto de métodos y controles extranjeros, todo ello animado por la propaganda tanto comercial como política. Si reducimos previamente el significado de "desarrollo" a esta visión aplicable a algunos casos dados, la crítica de Sánchez Arnau resulta parcialmente aplicable, aun cuando quedan sin responder en ella las preguntas más importantes: ¿por qué se da este tipo de "desarrollo"? ¿cuál o cuáles son las alternativas?

La descripción que hace Sánchez Arnau nos recuerda de lejos lo que intentó hacer en Irán el Shah Reza Pahlevi, aunque las consecuencias fueron mucho más complejas de lo que se podría inferir del simple análisis hecho en el artículo mencionado. En otras palabras: la posición peyorativa ante el desarrollo nos recuerda de lejos lo que ha ocurrido históricamente en algunos países, pero no nos sirve para entender ese proceso.

Otra obra, escrita hace ya muchos años, nos puede ser útil aquí. Se trata de *Technics and Civilization* (1934), en la que Lewis Mumford distingue tres etapas en la evolución de la tecnología: la eotécnica, la paleotécnica y la neotécnica. Muchas de las quejas que uno escucha en autores como el que estamos criticando responderían más bien a características de la segunda etapa, cuyo dinamismo Mumford explica con gran detalle. Los quejosos suelen enfilarse sus baterías hacia nociones muy abstractas sin detenerse a ver la forma concreta histórica como éstas se realizan en épocas y lugares diferentes; además de quejarse del desarrollo, por ejemplo, podrían estudiar con detenimiento lo que ha pasado en algunos países donde el proceso impuesto desde arriba y desde afuera ha traído consigo, más tarde, violentas reacciones. De nuevo el ejemplo de Irán viene a la mente. La alienación producida por un proceso exógeno provocó violencia, cambio de régimen político e instauración de un sistema que ha pretendido negar no solo la modernización sino también mucho de lo que consideraríamos progreso y civilización (8). Es fácil y correcto despreciar estos términos cuando se usan en forma puramente abstracta, pero aquí nos referimos a hechos bien concretos: queremos decir que cuando alguien muere por no ajustarse a una ortodoxia fosilizada —religiosa, política o de cualquier otra índole— se

retrocede en el camino del progreso y de la civilización.

Hemos mencionado al principio la otra versión de esta crítica al desarrollo y a la así llamada ideología que lo acompaña: la actitud de quienes consideran que nada ha cambiado. Oigamos la siguiente breve cita:

"...es sin duda ridículo e impúdico hablar de progreso de la humanidad" (9).

Es parte de un artículo en el que se sostiene que nada ha cambiado en los últimos años y que lo único sensato sería desenmascarar las falsas expectativas generadas por la idea del desarrollo. De estas afirmaciones valorativas se podría pasar fácilmente a creer que el mundo en 1984 es idéntico, por ejemplo, al de 1954, de modo que los problemas y las posibles alternativas siguen siendo los mismos. Esto equivaldría a creer que los movimientos anti-colonialistas, los avances en pro de la igualdad racial, los movimientos en favor de la ecología, etc. no han hecho nada por mejorar la condición de la humanidad. Es evidente que en nuestros días hay importantes diferencias con relación al mundo de hace unas pocas décadas. Por citar algunos aspectos: muchos más habitantes que piden pan, vestido, salud, educación y vivienda; nuevas y hasta hace poco casi insospechadas posibilidades tecnológicas, mayor pluralidad en regímenes políticos, etc.

II. EL DESARROLLO COMO EQUIVALENTE A POSESION DE UNA CULTURA

A veces la crítica a la así llamada "ideología del desarrollo" adopta un cambio en dirección y asume una posición como ésta: todas las sociedades tienen cultura y ésta constituye el auténtico desarrollo. La consecuencia inmediata es que el subdesarrollo consiste en la pérdida de la propia cultura; basta con conservar la cultura para evitar el subdesarrollo. Probablemente lo que ocurre en esta manera de pensar es el paso de la afirmación verdadera

(a) La pérdida de la cultura es una forma de alienación,

a la siguiente, claramente errónea,

(b) La posesión de cultura basta para evitar la alienación.

Nuevamente nos encontraríamos ante una concepción de la cultura como algo igualmente bueno y conveniente en todos los casos. Es cierto que la cultura permite el arraigo en un conjunto de "condiciones de existencia" concretas (10), "valores, aspiraciones, creencias, patrones de conducta y de relaciones interpersonales" (11), en la "representación que se hace de sí mismo un determinado grupo humano" (12) y en la "memoria del pueblo, conciencia colectiva de la continuidad histórica, del modo de pensar y de vivir" (13). Pero se puede tener todo lo anterior y sin embargo vivir miserablemente, tanto material como psicológicamente. Las condiciones de existencia pueden ser insuficientes para prevenir el hambre y la enfermedad; los valores, aspiraciones, creencias y patrones de conducta y de relaciones interpersonales pueden ser irracionales y opresivos; la representación que se hace de sí mismo el grupo puede ser totalmente ideologizada, falaz, llena de estereotipos; la memoria del pueblo puede ser inexacta, deprimente, mitologizada. Y así sucesivamente. De modo que no basta hacer descripciones de la cultura para obtener la conclusión de que en todo caso ésta deba mantenerse.

Dentro de este contexto, a veces uno encuentra afirmaciones que sólo se pueden explicar apelando a extremas simplificaciones. Por ejemplo, cuando Jimmie Durham en su artículo "Eloheh, o el consejo del universo", afirma "todas las sociedades humanas en todas las épocas han tenido una tecnología" (14) podemos suponer que no se refiere a tecnologías en sentido estricto del término, sino más bien a la técnica, o conjunto de técnicas. Pero, ¿qué decir cuando a continuación nos afirma que los aborígenes americanos antes de la llegada de Colón estaban en un "desarrollo tecnológico en continuo progreso", y para concretar aun más añade que estas sociedades conocían la aspirina (y señala que ciertamente se trata del ácido acetil salicílico, con lo cual parece dar a entender que también conocían la fórmula) y usaban "métodos químicos para el control de la natalidad?" (15). ¿Querrá hacernos creer que no hay diferencia entre conocimiento práctico y conocimiento científico, de modo que sería lo mismo usar hierbas que curan —sin saber cómo ni porqué— que conocer las respectivas fórmulas químicas y procesos fisiológicos? Refiriéndose aun a los aborígenes americanos antes de la llegada de los europeos, y después de introducir las afirmaciones ya citadas y para las cuales no ofrece

prueba alguna, Durham formula una caracterización más general para concluir con una apreciación que nos conviene discutir. Oigamos lo que dice:

“Ni que decir tiene que el sistema que acabo de describir brevemente es ecológicamente equilibrado. Coloca a los seres humanos *dentro* de la naturaleza en lugar de en oposición a ella, o a “su merced”, como reza la idea estereotipada sobre nosotros, los primitivos. *Queda claro que en un sistema tal cualquier tipo de desarrollo o de renovación tiene cabida*” (Subrayado último añadido) (16).

En realidad, no nos ha descrito previamente ningún sistema, en el sentido de conexión organizada de partes, sino que simplemente ha hecho algunas observaciones sin fundamentación. Pero lo más importante corresponde al subrayado en el texto citado: justamente *no* queda claro, ni en el caso de los aborígenes de nuestro continente, ni en ningún otro, en qué forma un sistema ecológicamente equilibrado pueda *acomodar* cualquier tipo de desarrollo. En un sistema tal los seres humanos estarían sujetos a las mismas condiciones que las demás especies biológicas; tan pronto como se introducen elementos técnicos tales como medicinas, herramientas o procesos organizados de producción, el equilibrio ecológico se empieza a alterar. Más aún: como no podemos imaginar seres humanos totalmente desprovistos de técnica y que sobrevivían a las inclemencias de la naturaleza, tampoco podemos imaginar un equilibrio ecológico en sentido estricto. Siempre encontraremos tensión entre modificación y conservación. Que cierto equilibrio pueda recuperarse *a otro nivel* es un asunto diferente, pero entonces se requiere la exclusión de ciertos tipos de desarrollo (por ejemplo, los que destruyen la naturaleza). Cabe, claro está, un truco sencillo, puramente lingüístico: descalificar de “desarrollo” cualquier proceso que destruya el equilibrio ecológico, pero entonces la frase se convierte en una pura tautología, sin ningún contenido informativo respecto de ninguna cultura. Pues el estado de equilibrio natural y el desarrollo como modificación del mismo son entre sí antagónicos en el mundo en que vivimos, donde las especies biológicas se relacionan entre sí mediante mecanismos que con frecuencia incluyen alta mortalidad, enfermedades e incluso la desaparición total de unas especies. Justamente el desarrollo empieza cuando se trata de evitar el hambre, la enfermedad, y otras condiciones que abundan en el estado natural biológico. Lo que ha ocurrido con la versión que ahora criticamos es el paso de la afirmación que nos parece verdadera

c) El desarrollo debe superar el desequilibrio ecológico que introduce en la naturaleza

a la siguiente, claramente falsa

d) El desarrollo y el estado de equilibrio ecológico primitivo son compatibles.

Consideremos ahora otra opinión extraordinariamente sorprendente por la confusión de términos en que se basa:

“Todos los grupos humanos capaces de sobrevivir transmiten una cultura y una ética. Considerado de esta forma, no hay ningún grupo que, a su manera, no esté realmente desarrollado. Es, precisamente, por haber olvidado esta verdad fundamental que cierto tipo de desarrollo materialista ha destrozado auténticas culturas y ha engendrado el subdesarrollo, o, lo que es lo mismo, la pérdida de la identidad y del sentido de la existencia en el mundo” (17).

En vez de entrar en detalles, veamos algunas consecuencias que se siguen de las identificaciones hechas por el autor mencionado:

(1) Mientras no haya desaparecido de hecho, todo grupo humano es capaz de sobrevivir y, por tanto, transmite una cultura y una ética y está realmente desarrollado. Por consiguiente, unos años antes de desaparecer como grupo humano, los mayas del período clásico y los aborígenes de muchos grupos americanos estaban “realmente desarrollados”. Resultaría entonces muy difícil explicar la desaparición de los mayas del período clásico y de cualquier cultura.

(2) Supuestamente hay un desarrollo “materialista” y otro que no lo es, pues si no hay un desarrollo no-materialista tampoco tiene sentido hablar de “cierto tipo de desarrollo materialista” como hace el autor citado. Ciertamente no sabemos en qué consiste un desarrollo no-materialista tal como lo ve el autor, pero olvidémonos de este detalle por el momento. Ahora bien, la ampliación de las condiciones que permiten mejor alimentación, vivienda, vestido y salud tiene que ser necesariamente materialista, pues hasta ahora no conocemos procedimientos para producir alimentos, viviendas, ropa y medicinas que no sea mediante la transformación de la materia utilizando instrumentos materiales. Luego, según lo dicho literalmente en el texto citado, este esfuerzo por conseguir mejores condiciones de vida destrozaría auténticas culturas y engendraría el subdesarrollo, que según lo dicho consistiría en la pérdida de la identidad y del sentido de la existencia en el

mundo. En otras palabras: al evitar el hambre, el desamparo y la mala salud, caeríamos en el subdesarrollo. Justamente todo lo contrario de lo que cabría esperar.

Claro está que hay diversos modelos de desarrollo; que algunos buscan únicamente el incremento del consumo masivo de bienes perecederos, incluso con el desperdicio institucionalizado, mientras otros tipos de desarrollo dan lugar a creaciones artísticas, a la producción científica, al ocio filosófico y otras manifestaciones de una vida humana más plena. Pero esto último tiene muy poco que ver con una supuesta identificación entre cultura y desarrollo o con una pretendida equivalencia inflexible entre desarrollo en bienes de consumo y subdesarrollo cultural. Basta con recordar que la tecnología contemporánea ha permitido un incremento notable en el disfrute de las obras de arte y, quizá, en la creación artística y científica.

III. LA "IDEOLOGIA DEL DESARROLLO" COMO ULTIMA EXPRESION DE UN ERROR HISTORICO

Con diferentes formas, esta manera de pensar va más allá de las anteriores y trata de profundizar en las raíces históricas del fenómeno llamado desarrollo. Se supone, ante todo, que la preocupación por el desarrollo es materialista y que, por tanto, es opuesta a valores considerados superiores, eternos, etc. Se da un paso más y se dice que en algún momento la humanidad dejó de pensar en el más allá, en el cielo o en valores espirituales y se dedicó prioritariamente a buscarse un cómodo alojamiento en este mundo. Se supone también que esta tergiversación del destino humano ocurrió en un momento determinado, o por culpa de alguien en particular. O, si no se puede encontrar un culpable individual en una fecha y lugar concretos (¿Descartes?, ¿Bacon?, ¿Kant?), entonces siempre es posible identificar un grupo de personas que empezaron a difundir ideas consideradas inconvenientes que luego se popularizaron y llegaron a influir en la política de los gobiernos y en la manera de pensar de las masas. A veces esta forma de razonar lleva consigo la exaltación de la Edad Media, como época aun no contaminada por la idea de desarrollo: en tal caso es frecuente echar la culpa de los males presentes al Renacimiento. Otras veces se detecta una nostalgia religiosa por el poder y privilegios socio-políticos de otras épocas,

que permitan imponer con la fuerza del estado lo que eran convicciones religiosas no evidentes por sí mismas; en nuestros días Irán ha vuelto a esta situación, que se creía superada, y que se caracteriza por la utilización del poder estatal en la imposición de normas y costumbres basadas en el fanatismo religioso. Se supone entonces que la sociedad medieval, sin separación clara entre Iglesia y Estado, ni distinción precisa entre prohibición religiosa y delito civil, era superior a la moderna. La cristiandad —o el Islam— dejó el camino acertado por culpa de algún reformador, de un Galileo o Descartes, o de la Revolución Francesa, así como por su parte Irán dejó de ser "felizmente" musulmana por culpa del Shah y ahora, gracias a Allah y a sus Ayatolla, ha vuelto al camino correcto (el de las ejecuciones sin juicio por "delitos" religiosos, el de la negación de derechos a las mujeres, etc.).

Si la anterior variante de este enfoque (o desenfoque) tiene connotaciones religiosas, también podemos encontrar otra de carácter más bien aristocrático. Se afirma en ella que la preocupación por el desarrollo es propia de espíritus inferiores, plebeyos, mientras que el verdadero filósofo, o el ser humano perfecto, deja a otros esos menesteres y se ocupa de cosas más importantes, como la búsqueda del bien y de la belleza.

La simplificación del problema la podemos ver en el siguiente esquema, que titularemos "concepción reduccionista" y que es el común denominador de varias de las posiciones analizadas.

Es probable que en muchos de estos artículos se encuentre, confusamente sentida y vagamente formulada, la insatisfacción con el tipo de desarrollo que ha prevalecido en muchos países durante gran parte del siglo XIX y del XX, y que ha hecho estragos en países del Tercer Mundo después de haber sido seguido en los ahora industrializados. Se trataría entonces de la expansión creciente de la economía, con la explotación incontrolada de recursos no renovables, de la destrucción de culturas *estables* en nombre de pretendidas mejoras que se han reducido únicamente a la introducción de patrones tecnológicos en procesos mecánicos y al cambio en la conducta de las personas. Estos fenómenos han ido acompañados generalmente por el incremento en consumo de bienes perecederos, con frecuencia productos de inferior calidad y dudosa utilidad, sin que ello haya significado ninguna mejoría notable en la calidad de vida de los individuos afectados aunque sí ha

CONCEPCION REDUCCIONISTA DEL FENOMENO DEL DESARROLLO.

Tema u objeto de análisis	Valoración	Origen	Solución
—desarrollo socio-económico	—no ha servido para nada positivo	— consecuencia del materialismo; consiste únicamente en crecimiento económico	— volver a la cultura, a los valores tradicionales
— Teorías del desarrollo	— deben ser criticadas y rechazadas, con excepción de ésta expuesta aquí	— se derivan de un cambio en la visión del mundo y en las prioridades de la sociedad	— volver a colocar al individuo humano en el centro

significado, por supuesto, un aumento notable en los ingresos de ciertas personas o clases.

Quizá los lamentos de varios autores citados se refieran a esto, pero entonces habría que pedirles mucho más coherencia y claridad. Por otra parte, habría que hacer un esfuerzo teórico por explicar el motivo del pseudo-desarrollo.

Esta falta de coherencia y claridad es más notable cuando uno considera que ya otros filósofos e historiadores de la tecnología (Ladrière, Mumford, etc.) han establecido muy útiles distinciones y han expuesto muy interesantes ideas sobre la naturaleza de la tecnología y su relación con el desarrollo socio-económico, por un lado, y con la cultura por otro.

ALGUNAS CONCLUSIONES

(1) Si por desarrollo se entiende simplemente el incremento en el consumo, sin tener en cuenta la necesidad de modificar la estructura social determinada ni los criterios de selección para dicho consumo, entonces quienes promueven este tipo de desarrollo nos conducen a graves problemas a corto plazo (alienación, desculturización, mayor explotación y opresión, etc.).

(2) Si al analizar el desarrollo solo se tiene en cuenta la imagen anterior, entonces la reducida crítica resultante deja de lado el problema fundamental: ¿por qué se orientan hacia el desarrollo tantos países y regiones, tantas instituciones y personas?

(3) Si se entiende por cultura la inmovilidad y pasividad de unas estructuras estables, es evidente que cultura y desarrollo son incompatibles (18).

(4) Si se considera que la posesión de una cultura garantiza el desarrollo, entendido éste como fenómeno espiritual, entonces habría que concluir que el mejoramiento de las condiciones de vida es anti-cultural, por ser material. Pero entonces no queda claro en ningún momento qué se entiende por "desarrollo" y muchas veces ni siquiera se sabe qué se entiende por "cultura".

(5) En las circunstancias actuales no se puede hablar coherentemente de desarrollo socio-económico sin incluir una teoría adecuada de la técnica y la tecnología.

(6) El objetivo del desarrollo es permitir a los pueblos salir de la miseria; por otra parte, la cultura como arraigo e identificación del individuo dentro de un grupo es indispensable para una vida humana propiamente humana. El desarrollo como mejoramiento en las condiciones de vida y la cultura como conjunto de elementos individuantes que permiten el arraigo y el propósito, no solo no se contradicen sino que mutuamente se complementan.

(7) Todo pueblo tiene cultura, pero no toda cultura va acompañada de la satisfacción de necesidades básicas. La cultura es condición necesaria para una vida humana, pero no suficiente. La cultura sin desarrollo es estéril: el desarrollo sin cultura es inhumano.

(8) En nuestros días el gran reto para las culturas consiste en la interiorización de hábitos (usos y costumbres) que faciliten el desarrollo como satisfacción de necesidades al mismo tiempo que protejan el medio natural en que se desenvuelve la vida humana.

(9) El simple incremento en el consumo, sin la

modificación de estructuras sociales desiguales ni aplicación de criterios basados en prioridades correspondientes a necesidades básicas, da lugar al pseudo-desarrollo en el que un grupo social disfruta de las ventajas tecnológicas a espaldas y a expensas del resto de la sociedad. Por otra parte, un mejoramiento socio-económico que excluya las libertades individuales y se base en la censura, la

aplicación estricta de una ortodoxia inflexible y otros medios de represión, da lugar al pseudo-desarrollo del esclavo satisfecho. El primero es un pseudo-desarrollo porque no es justo; el segundo lo es porque va acompañado de la limitación a la persona humana en cuanto agente libre y responsable.

NOTAS

(1) "Enfoque" y "desenfoque" tienen que ver con la forma de encarar un asunto, según sea el modo como dirigimos hacia él un rayo de luz, literalmente si se trata de iluminar un objeto o metafóricamente si se trata de comprender un fenómeno.

(2) *Desarrollo*, Capítulo Español de la Sociedad Interamericana para el Desarrollo, SID. Instituto de Cooperación Iberoamericana, Av. Reyes Católicos, 4. Ciudad Universitaria, Madrid 3. Versión española de *Development*, 1981, 3/4, publicado como número 1 del año 1982 y dedicado al tema de la cultura.

(3) Véase el artículo de Alain Birou "La cultura moderna como desarrollo de la voluntad de poder", en *Desarrollo*, número citado, pp.25-29.

(4) *Ibid.*, pp. 3-6.

(5) *Ibid.*, p.3.

(6) Escrito por encargo de la UNESCO. Traducido del francés por José María González Holguera. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977). Extrañamente ninguno de los autores reseñados parece conocer esta magnífica obra.

(7) A la que solo de pasada y en forma más bien superficial se refieren los autores de *Desarrollo*.

(8) En el mismo número de *Desarrollo* el iraní Hossein Malek pretende demostrar que Irán ha vivido por siglos en un régimen estable y balanceado diferente al de Occidente, frente al cual han fracasado tanto los griegos de Alejandro Magno como el Shah Reza Pahlevi. La diferencia de siglos y épocas no parece preocuparle. Según Malek, al rechazar Irán el desarrollo ha vuelto a su sistema tradicional.

(9) *Ibid.*, p.25.

(10) p.26

(11) p.3

(12) p.26

(13) p.31

(14) p.8.

(15) p.8.

(16) p.9.

(17) p.26 La cita está tomada del artículo de Alain Birou "La cultura moderna como desarrollo de la voluntad de poder".

(18) "Parece contradictorio *a priori*, y aun imposible, querer conciliar la cultura tradicional con el desarrollo" (Paul-Marc Henry, "Desarrollo económico; progreso y cultura", en *Desarrollo*, p.22).

BIBLIOGRAFIA

Agassi, Joseph *Science and Society. Studies in the Sociology of Science*. (Drecht, Holanda; Boston, EEUU; Londres: D. Reidel Publishing Co., 1981).

Burke, John G. *The New Technology and Human Values* (Belmont, California: Wardsworth Publishing Co., 1966).

Camacho, Luis A. "Transferencia de tecnología y desarrollo: Análisis de un espejismo", en *Comunicación Instituto Tecnológico de Costa Rica*, Vol. 1, n.4 (1980), pp. 23-27.

"Mastering Science and Technology as a Life-or Death Problem for the Third World", en *Proceedings of the XVI World Congress of Philosophy*, Düsseldorf, 1978. En español bajo el título "El dominio de la ciencia y la tecnología como problema de vida o muerte para el tercer mundo", en *Tecnología en Marcha* (Instituto Tecnológico

de Costa Rica), oct-dic. 1979, pp. 19-21.

Collingridge, David *The Social Control of Technology* (Nueva York: St. Martin's Press, 1980).

Ladrière, Jean *El reto de la racionalidad*. trad. José Ma. González H. (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1977).

Lovekin, David-Verene, Donald Phillip (compiladores) *Essays in Humanity and Technology*. (Dixon, Illinois: Sauk Valley College, 1978).

Murillo, Roberto "Hacia una noción desarrollada de desarrollo", en *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, vol. XII, n. 35, pp. 165-169.

Mumford, Lewis *Technics and Civilization* (New York: Harcourt, Brace and Company, 1934).

Papa Blanco, Francisco *Tecnología y desarrollo* (Editorial Tecnológica de Costa Rica, 1979).